

LA CRUZ, SIEMPRE LA CRUZ, SÓLO LA CRUZ

Jesucristo murió colgado en una cruz. Desde entonces, llamamos cruz al sufrimiento, a toda clase de sufrimientos. Y decimos, esta cruz es insoportable.

En la reciente JMJ, se celebró un hermoso Via-Crucis, camino de la Cruz. Ante los hermosísimos pasos de los mejores imagineros españoles, se rezaba: “te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo”. Entre paso y paso, los jóvenes cargaban con una cruz desnuda, la que se ha paseado durante el último año por las ciudades españolas, la llamada cruz de los jóvenes.

Ahora bien, ¿cuántos de esos jóvenes y cuántos de nosotros, que quizá nos emocionamos ante tan bello “espectáculo”, estaremos dispuestos a cargar con la cruz real, la cruz de cada día, el dolor anejo a la condición humana? Y, sobre todo, cuántos realmente daremos un paso para cargar con la Cruz de Cristo, que –en su más pura esencia- es el sufrimiento surgido de la solidaridad, de la cercanía a los que sufren, a los enfermos, a los ancianos o niños abandonados, a los pobres...

Pedro se negaba a tolerar que el camino de Cristo pasara por la Cruz. El soñaba con un destino glorioso y triunfador. Como nosotros. Admitir sin más que la redención, el sentido de la vida, la realización personal, la conquista de la libertad pasa por el sufrimiento; admitir que no hay solidaridad real con los sufrientes de este mundo sin com-pasión; entrar por un camino de renunciaciones y sin-sabores para alcanzar a Cristo, no lo dicta el “sentido común”. Y menos aún el sentido común de nuestra sociedad de bienestar.

Por eso es tan difícil para todos y más para los jóvenes de hoy dar el paso hacia Cristo, como les pedía y nos pedía a todos el Papa en la homilía de Cuatro Vientos el último domingo. Este paso no se da desde experiencias humanas naturales-no lo revelan ni la carne ni la sangre-, sino sólo por una singular gracia de Dios a la que se responde con generosidad y olvido de sí.

“Quienquiera ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su Cruz y me siga”. He ahí el camino cristiano. No dudo de que la JMJ haya sido un éxito en muchos órdenes y que quienes hayan trabajado en ella puedan sentirse orgullosos. Ahora bien, el único y real éxito de la Jornada Mundial de la Juventud sólo podría ser medido desde el compromiso real de los jóvenes para asociarse a Cristo. Y tal asociación sólo será real cuando les lleve a dar pasos hacia los pobres y sufrientes, dolientes, de este mundo.

Otros éxitos, si no van acompañados de este compromiso, no sólo pueden ser vanos sino dañinos. ¿Contribuirán a un mayor triunfalismo de una Iglesia concebida como poder, como la entendía aquel discípulo llamado Pedro a quien el Señor llamó Satanás? Mucho tuvo que cambiar Pedro y mucho tendrá que cambiar nuestra Iglesia, es decir, todos los que nos llamamos cristianos para alcanzar a Cristo, y a éste crucificado. Al final, para llegar a la resurrección queda la Cruz, siempre la Cruz, sólo la Cruz.

JOSÉ MARÍA YAGÜE